

de otro con los brazos en cruz para recibir del que estaba á su lado los disciplinazos, que devolvían despues al siguiente con actos, adoraciones y cantares en aleman. Despues se levantó uno á leer una carta que decía habia sido presentada por un ángel en la iglesia de San Pedro en Jerusalem, anunciando que Cristo estaba irritado con el mundo por sus pecados; pero que por intercesion de la Virgen María se habia dignado ser misericordioso, con tal que cada uno estuviere fuera de su casa y se disciplinase por espacio de treinta y cuatro días. Eran bien acogidos y regalados para que pudiesen comprar antorchas y cruces; se azotaban en público por mañana y tarde, y por la noche en secreto; no hablaban con mujeres, ni dormían en colchones; cuando caminaban, no se detenían en ninguna parroquia mas de una noche, excepto el domingo. Usaban un vestido negro con cruces rojas delante, detras y en el bonete, y llevaban las disciplinas en el cinturón. Se aumentaba cada vez mas su número, jurando obedecer al jefe por treinta y cuatro días; debían tener para gastar á lo ménos cuatro dineros al día, haber confesado y comulgado; haber perdonado á sus enemigos y obtenido el permiso de sus mujeres.

Despues pasaron á los Países Bajos, á Francia y á Italia; pero no era posible evitar los desórdenes, especialmente desde que quisieron imitarles las mujeres; habia supersticiosos fanáticos que libraban de los demonios y absolvían confesándose unos á otros. Por lo tanto, el papa Clemente VI reprobó estos excesos mandando que fuesen denunciados; el rey Felipe les prohibió que entrasen en Francia so pena de muerte (1).

1349.

(1) Esta costumbre no era nueva, ni desapareció entónces. El año 1290, hombres y mujeres procesionalmente recorrian las calles disciplinándose hasta derramar sangre; iban hasta cien mil de lugar en lugar, aconsejando la paz y á los usureros la restitucion. Treinta mil Boloneses pasaron á Módena cantando laudes; y encontrados por los Modeneses en Casteleon, se disciplinaron juntos en San Geminiano, y despues de haber recibido allí hospitalidad, se retiraron á sus casas. Aquella devoción descompuesta y escandalosa no agradó á algunos tiranos; Oberto Palavicino, Obizzo de Este, los Torrianos de Milan, Manfredó de Sicilia, levantaron horeas para castigar al desgraciado que penetrase en sus Estados. Tambien los Ferrarenses hicieron un estatuto contra ellos; pero en otros lugares dejaron huellas de su costumbre, instituyendo hermandades con estandartes y divisas, bajo las cuales hacían penitencia. Despues en 1334, Fr. Venturino de Bérgamo, de la órden de Predicadores, llegó hasta Roma seguido de diez, y segun algunos, de treinta mil hombres, que llevaban una camiseta larga hasta média pierna, y encima un capotillo azul que llegaba hasta la rodilla, medias blancas y borceguines de cuero hasta média pierna; en el pecho una paloma blanca con el ramo de olivo en la boca; en la mano derecha el bordon y en la izquierda el rosario. Así los pinta el anónimo romano. Antonio Flammínio forocorneliense dice que llevaban un vestido blanco y sobre él otro azul casi negro y dos cruces una blanca y otra roja de paño; á la izquierda una paloma con el ramo de olivo, en el pecho el Tau y en la mano un baston sin contera como los peregrinos, y una cuerda con siete nudos. No agradó al papa esta procesion, y Fr. Venturino fué puesto en el tormento y encarcelado.

En 1399 volvieron á presentarse estos excesos de devoción. La Virgen, que se apareció á un campesino en Irlanda, le enseñó que el mejor preservativo de la peste y de las guerras eran estas procesiones, y con este motivo vestidos de blanco, cubiertos con una capucha, distinguíendse los hombres de

Miéntas unos se entregaban á estos excesos de devoción, otros se daban al libertinaje queriendo gozar de la vida que se les escapaba; algunos rodeándose de un asqueroso egoísmo, como los amigos de Boccaccio, cerraban sus oídos á las desgracias públicas buscando placeres momentáneos. Renació la creencia de que los Judíos envenenaban los pozos, y fueron muertos á cientos, á pesar de que Clemente VI refrenó aquel furor. Aquella peste fué un terrible azote

las mujeres solo por una cruz roja, se pusieron en camino de tres en tres, despues de haberse confesado, de pedir perdon si habian ofendido á alguno, de perdonar las injurias recibidas y de restituir lo que injustamente poseyesen. De este modo recorrian por lo ménos tres iglesias diariamente por espacio de nueve días; al llegar á un pueblo cantaban oraciones, el *Stabat mater*, y despues tres *Miserere* al entrar en la iglesia. Estos nueve días hacían vida de cauresma; no dormían en cama, ni se desnudaban y muchos andaban descalzos; al concluirse este novenario enviaban á las ciudades próximas una invitacion, para que en nombre de la Virgen María imitasen aquella devoción.

De Irlanda pasaron á Inglaterra, á Francia, y despues á Génova, á Lombardia, á Toscana y al resto de Italia, llevando á todas partes paz y concordia y prodigando sermones y milagros. Francisco Sacchetti habla en un capítulo de los de Florencia. Á Milan « vino un gran número de hombres, mujeres, jóvenes, niños de ambos sexos de todas condiciones, todos descalzos, envueltos de pies á cabeza en lienzo blanco, que apenas dejaban descubierta la frente, á ellos se reunieron los habitantes de las ciudades y aldeas, de las cuales salieron todos; visitaban ocho días seguidos tres iglesias de la ciudad, y comunmente en una de ellas hacían celebrar una misa cantada; en todos los caminos en cruz que encontraban se echaban á tierra pidiendo tres veces misericordia, y despues cantaban el *Padre Nuestro*, el *Ave Maria* y otras cánticos, compuestos por San Bernardo, ó letanias y otras oraciones. Al llegar á una ciudad ó aldea, los que eran habitantes de ella se separaban de sus compañeros y entraban invitando á que tomasen el hábito, de manera que algunas veces se reunían mil, y alguna hasta mil y quinientos. Se celebraron infinitas reconciliaciones, se dieron muchas limosnas, y algunos hicieron verdadera penitencia. » (Conto.)

En Padua en aquellos nueve días no se cometió deshonestidad alguna, ni hubo pendencia de ninguna clase; los niños de un año, vistiéndoles de blanco, ya no lloraban, y las procesiones duraban desde la aurora hasta las dos de la tarde, llegando su número hasta tres mil y seiscientos; despues reunidos en el Prado del Valle, presentaron un espectáculo maravilloso. *Chron. Patav. ad. an. 1399. Ap. M. N. Ant. Ital. medii ævi*, IV.

En las *Memorias históricas de Rinuccini* en julio y agosto de 1399 se lee:

« En tiempo de estos priores se vió una cosa nueva y muy extraña y digna de admiracion y de memoria, y fué que hacia el Piemonte y por toda Lombardia y en Toscana, y casi toda Italia, muchísimos hombres y mujeres, grandes y pequeños, y niños, se vistieron de lienzo blanco sobre los demas vestidos, con cruces rojas en el pecho y en la cabeza, andando descalzos con gran devoción, disciplinándose, ayunando, absteniéndose de la carne y llevando un crucifijo delante de su parroquia en grandísimas turbas. Todos los pueblos cantaban laudes en verso, así en latin como en italiano, gritando: *Misericordia y paz á Nuestro Señor y á Nuestra Señora*, por espacio de nueve días consecutivos, sin dormir en cama, yendo los de Florencia á Arezzo y á Cortona, y á otros muchos puntos; los de otros pueblos iban á Florencia, y así en toda Italia. Y lo admirable era que en estos viajes no hacían daño ninguno, ni en los frutos ni en ninguna otra cosa; compraban todo lo necesario; hacían renacer la paz y concordia entre muchos señores, y aun se hicieron paces entre personas enemistadas á causa de homicidios. Fué esto una cosa admirable y digna de perpetua memoria; anuncio de la mortandad que vino despues, y aquel año se llamó año de los Blancos. »

Entónces se multiplicaron en todas partes las hermandades que visitaban las iglesias y acompañaban el Viático, propagándose especialmente las de San Vicente Ferrer y San Bernardino de Siena. Varchi en su tiempo hace mención de setenta y cinco solo en Florencia. Muchas personas, en sus últimos momentos, se hacían poner las divisas de una hermandad, y así se extendió su devoción entre los seglares.

que retardó los pasos con que la Europa caminaba á la libertad y á la civilizacion.

Tales calamidades afligieron la época de Felipe de Valois, el cual, sin embargo, consiguió aumentar el reino con nuevas adquisiciones, entre ellas el Delfinado; pero no pudo captarse el amor de sus súbditos, por su temor al saber, y su prodigalidad en medio de tantas necesidades.

Su hijo Juan II le sucedió en el gobierno de aquel reino amenazado por los Ingleses, y agitado en lo interior por Carlos II el Malo, rey de Navarra, que tenia pretensiones al trono como descendiente por la linea femenina. Juan, llamado con muy poca razon el Bueno, principió su reinado quitando la vida á Rodolfo de Brienne, conde de Eu y de Guines, condestable de Francia, del cual se sospechaba que estaba en inteligencia con el rey de Inglaterra; procedimiento secreto que le enajenó los ánimos, cansados de ver á los reyes dirigir la misma acusacion contra todo el que querian quitar de en medio. Despues teniendo necesidad de dinero, cortaba el árbol para coger el fruto: parecíanle buenos expedientes los engaños, el acuñar moneda falsa, bajar y subir su valor diez y seis veces en un año, confiscar los bienes de los Lombardos, y todo esto no para reunir un tesoro, sino para satisfacer la ambicion de nobles y favoritos (1). En tiempo de su padre se habia establecido la importantísima ley fundamental que disponia que no se impusiese ninguna contribucion sin el consentimiento de los Estados Generales. Juan reunió con este fin los Estados Generales de la lengua de *oil*, y consiguió levantar treinta mil hombres de armas, es decir, nóventa mil combatientes, mantenidos con un impuesto sobre la sal y ocho dineros por libra sobre el importe de las ventas, cesando en cambio otras varias vejaciones y prometiendo mucho mas; con lo cual consiguió tambien que se sometieran á la capitacion general (2).

La perfidia hizo que se rebelase la Normandía, adonde acudió el Príncipe Negro que entónces recorria la Francia; pero en Poitiers se condujo tan mal, que Juan hubiera podido reducirle á capitular, si se hubiese contentado con tenerle cercado. Pero Juan tenia cuádruple ejército, estaban con él sus cuatro hijos, su hermano y los barones mas ilustres; los señores franceses deseaban ardientemente estar en la primera fila, y ostentar su valor á costa de la muerte; el rey habia fundado la órden de la noble casa, cuyos miembros se obligaban á no ceder mas de cuatro yugadas de tierra delante del enemigo, y á dejarse matar antes que huir. Créase, pues, segura la victoria, y sin embargo murieron seis

(1) Segun la tarifa del rey Juan (1350), los labradores debían tener 12 dineros, y los artesanos de la ciudad de 26 á 32 dineros, esto es, un franco y 2,50 valor medio. La tarifa francesa de 21 de abril de 1832, fija al labrador jornalero 1,50 francos en las ciudades mas ricas, y hasta 30 centimos en ciertos comunes. DE GERANDO, *De la bienfaisance publique*.

(2) Por cada lanza se pagaba 30 sueldos diarios, es decir, 6,60 liras.

Juan el Bueno. 1350.

1355.

Batalla de Poitiers. 1356.

mil Franceses de los mas valientes; el mismo rey tuvo que rendirse con su hijo Felipe, y diez y ocho condes y mas de ochocientos barones y caballeros quedaron prisioneros.

Destruíase el pueblo en aquella guerra; pero los señores se trataban con una cortesía caballeresca, los prisioneros se consolaban en las continuas fiestas, en los banquetes y en las cacerías de los enemigos; los de Poitiers fueron puestos en libertad, dando palabra de que para Navidad volverían con gruesos rescates; el Príncipe Negro concedió honores de rey á aquel á quien hasta entónces habia negado este título, y quiso servirle á la mesa, diciendo de sí mismo que no era digno de sentarse con tan gran príncipe y tan valiente soldado (1); despues en Lóndres fué recibido Juan como en triunfo, dándole por cárcel el castillo y parque de Windsor, y permitiéndole que recibiera á quien quisiese (2).

19 de setiembre.

(1) « Quand ce vint au soir, le prince de Galles donna à souper au roy de France et à monseigneur Philippe, son fils, à monseigneur Jacques de Bourbon, et à la plus grande partie des comtes et des barons de France qui étoient prisonniers. Et assit le prince le roy de France et son fils monseigneur Philippe, monseigneur Jacques de Bourbon, monseigneur Jean d'Artois, le comte de Tancarville, etc., etc., à une table moult haute et bien couverte; et tous les autres barons et chevaliers aux autres tables. Et servoit toujours le prince au devant de la table du roy, et par toutes les autres tables, si humblement comme il pouvoit, ni on ne se voulut se seoir à table du roy, pour prieres que le roy lui seust faire; ains disoit toujours qu'il n'étoit encore mie si suffisant, qu'il appartint de lui seoir à la table d'un si haut prince et de si vaillant homme que le corps de lui étoit, et que montré avoit la journée... »

« Et toujours s'agenouilloit par devant le roy, et disoit bien: « Cher sire, ne veuillez mie faire simple chère pour tant » si Dieu n'a voulu consentir huy votre vouloir, car certainement monseigneur mon père vous fera tout l'honneur et amitié qu'il pourra, et s'accordera à vous si raisonnablement, que vous demeurerez bons amis ensemble à toujours. Et n'est avis que vous avez grand raison de vous réjouir, combien que la besogne ne soit tournée à votre gré; car vous avez aujourd'hui conquis le haut nom de prouesse, et avez passé tous les mieux faisants de votre côté. Je ne dis mie, cher sire, sachez, pour vous railler; car tous ceux de notre partie et qui ont vu les uns et les autres, se sont pour pleine science à ce accordés, vous en donnent le prix et le chapelet, si vous le voulez porter. »

« A ce point commença chacun à murmurer; et disèrent entr'eux, François et Anglois, que noblement et à point le prince avoit parlé. Si le prisoient durement, et disoient communément, que lui avoient et auroient encore gentil seigneur, s'il pouvoit longuement durer et vivre, et en telle fortune persévérer. » FROISSART.

(2) MATEO VILLANI, VII, 66. « El duque de Gales y los demas barones de Inglaterra, despues de haber conducido al rey de Francia, á su hijo y á los demas barones prisioneros á la isla de Inglaterra, hicieron saber al rey Eduardo su llegada. El rey en seguida hizo reunir en Lóndres barones, caballeros de armas y distinguidos ciudadanos de toda la isla para celebrar una fiesta extraordinaria en honor del rey de Francia por su venida, é hizo que los caballeros se vistieran de corte y lo mismo los escuderos y ciudadanos, y para complacer al rey, cada uno se esforzó en aparecer con dignidad y lujo; se mandó que saliesen todos á recibir al rey de Francia y le hiciesen reverencias y honores y compañía. Y el rey Eduardo en persona, vestido de corte con algunos de sus mas altos barones, habiendo dispuesto su cacería en un hosque del camino fuera de Lóndres, se dirigió á él con sus barones; envió á recibir al rey de Francia á la citada caballería, y cuando se aproximó al hosque, el rey de Inglaterra atravesó el hosque y se reunió con el rey de Francia en el camino, y bajándose la capucha é inclinándose con respeto le dijo saludándole: *Muy querido príncipe, seáis bien venido á la isla de Inglaterra*. El rey, quitándose tambien la capucha, le respondió que fuese bien hallado. En seguida el rey de Inglaterra le invitó á la cacería, y él le dió gracias diciendo que no era tiempo, y el rey dijo: *Podéis hacer lo que queráis en la cacería ó en el camino*. El rey de Francia

La atemorizada Francia veía ya tomado Paris, y aunque el delfin Carlos, que hizo las veces del rey, reparase su débil y desleal conducta anterior, tanto que fué llamado el Sabio, sin embargo los tumultos y revoluciones empeoraban cada vez mas la situacion del reino. Los Estados del Languedoc se mostraron dóciles, ofreciendo tropas y mandando que mientras el rey estuviese prisionero, no llevasen los hombres ni mujeres oro ni plata, ni perlas, pieles, capuchas de lujo, ni ningun otro adorno, y que no trabajase ningun cómico ó juglar. Los Estados Generales eran poderosos desde que votaban los impuestos y nombraban comisarios para cobrarlos; pero habiendo decaído y muerto la primera nobleza, la inferior era despreciada como un lujo inútil, y los diputados del pueblo diciendo que estaban descontentos del rey, y mas aun del delfin, por el mal uso que hacían del dinero, excluyeron de la deliberacion á los diputados de este, como un obstáculo, y propusieron quitar á muchas personas que eran tenidas por causa de todos los males, y alejar al rey de Navarra; en fin, tanto quisieron hacer, que el delfin disolvió la asamblea. Pero Estéban Marcel, astuto demagogo, haciendo cerrar todas las fabricas y obligando á los trabajadores á tomar las armas, puso al delfin en la necesidad de volver á reunir los Estados Generales, los cuales depusieron á los ministros odiosos, eligieron otros que cuidaran del gobierno, cambiaron los funcionarios públicos, y trabajaron por el bien del país.

Estéban  
Marcel.

Juan, que con los honores que recibía, olvidaba que era un prisionero, rechazó estos actos; pero con este motivo se aumentaron las turbulencias hasta el punto de acudir á las armas. La nobleza y el clero se separaron de los Estados Generales; los demócratas se unieron á Carlos de Navarra, enemigo perpétuo de los Valois, que puesto en libertad, predicando sus propias virtudes, la injusticia de los hombres, la deslealtad de sus amigos, pidió la libertad de una porcion de asesinos, envenenadores, falsarios y otros criminales semejantes, con cuyo auxilio pensaba hacerse rey de Francia. El delfin tuvo que acceder á todo lo que pidió; los demócratas adoptaron por divisa el gorro rojo y azul turquí y el mote *Por el bien*, creciendo cada día su número y su audacia. Marcel se

le volvió á dar gracias. Y habiendo dicho *Adios, querido primo*, se volvió al bosque á su cacería. El rey de Francia, acompañado de los Ingleses, fué llevado con gran pompa á la ciudad de Londres, montado en el mejor caballo de la ista, que era español, enjaezado régimiente y guiado por barones al freno y á la silla; fué llevado con demostraciones de grande honor por las mejores calles de la ciudad, arregladas y adornadas para aquel real servicio, para que todos los Ingleses pequeños y grandes, mujeres y niños pudiesen verle. Con esta solemnidad fué conducido fuera de la ciudad á la habitacion real; allí aparejada la comida con magníficos adornos de oro y de plata, y de ricas viandas, fué recibido y servido á la mesa régimiente, y todos los demas barones y el hijo del rey, que estaban prisioneros, fueron honrados como convenia en esta jornada, que fué el 24 de mayo del citado año. Esta alegría tan singular y esta fiesta hicieron creer que se firmaría la paz; pero el que quiera ver solo la verdad del hecho, conocerá que en este acto se aumentó la miseria de un rey, y se ensalzó la pompa del otro.

llegó hasta el delfin y le dijo: *Señor, no os asombréis de nada de lo que veáis y volviéndose los que le seguían, añadió: Pronto, haced lo que veniais á hacer*, y dieron muerte á dos ministros que habian hecho justicia. El delfin se arrojó á sus piés lleno de temor, y él cubriéndole con su gorro rojo y azul, le salvó.

Entonces el delfin accedió á todo lo que quisieron; pero apenas llegó á los veintinueve años, se hizo nombrar regente, fingiendo que secundaba á aquella arbitraria faccion. Reunió en seguida los Estados Generales en Compiègne, donde siendo en mayor número, y estando mas seguros los diputados nobles y el clero, desaprobaron cuanto se habia hecho en Paris, y el delfin se negó á tratar con esta ciudad, hasta que no le entregase los jefes turbulentos.

Marcel trataba de sustituir las magistraturas ciudadanas á la aristocracia feudal; pero solo consideraba á los ciudadanos, sin acordarse de los campesinos y de la nobleza inferior, de modo que muchos no se satisfacian con esto: él mismo tuvo que nombrar capitán de la milicia á Carlos el Malo: el delfin aumentando sus fuerzas con los nobles que desertaban de los demagogos, marchó sobre Paris. Carlos descendió á tratar y perdió la confianza del vulgo que no quiere moderacion, y fué destituido: Marcel conspira para entregar la ciudad; otros se oponen; principia el combate; Marcel pierde la vida, y los facciosos mueren en la pelea ó por sentencia, y el delfin vuelve á Paris. ¡Ah, si entonces no hubiesen tenido ocupado al rey Eduardo los asuntos de su nacion!

1358.

Entretanto turbas de mercenarios licenciados devastaban los campos; el gobierno, vacilante entre el rey, los Estados y la municipalidad de Paris, no tenia la fuerza suficiente para poner freno á estos excesos, ni puede pintarse el temor que inspiraban estos caballeros, que, al revés de los antiguos, parecia que se habian propuesto oprimir al débil. En Paris no se atrevian á tocar las campanas, temiendo que el ruido impidiese oír si se acercaba el enemigo. En peor situacion estaba todo fuera de Paris. Los ciudadanos á lo largo del Loira dormían por la noche en las islas ó en los barcos; en Picardia en grutas subterráneas con las bestias, en las que permanecian semanas y meses enteros las mujeres y los niños.

El Norte de Francia estaba agitado por la liga de los villanos llamada la *Jacquería* (1). Despedazado el trono que hasta entonces habia sido el refugio de los plebeyos, quedaron estos expuestos á la tiranía de los nobles, que que-

La Jac-  
quería.

(1) « Car aucunes gens des villes champêtres sans chefs s'assemblerent, et ne furent mie cent hommes les premiers, et dirent que tous les nobles du royaume de France, chevaliers et écuyers trahissoient le royaume, que ce seroit grand bien qui tous les détruirait. Et chacun d'eux dit: « Il dit voir, il » dit voir! Honni soit celui par qui il demeurera que tous les » gentils hommes ne soient détruits. » Lors se assemblerent et s'en allèrent, sans autre conseil et sans nulles armures, fors que de bâtons ferrés et de couteaux. » FROISSART, lib. II, p. 2, c. 65. Véase NAUDET, *Conspiration d'Etienne Marcel*, ou *Hist. des États Généraux*.

rian sacar de ellos lo que se habian visto obligados á pagar. Juan Lánas (*Jacques Bonhomme*) (1) es un manso animal, decían los señores y los hombres de armas, y le dilapidaban, le vejaban, le torturaban para sacar de él dinero, y despues para no oír sus lamentos le mataban. Pero la bestia paciente se enfureció y mordió. No anhelaba una emancipacion política como el pueblo de Paris, solo sentía una venganza contra una carta tiránica; una rabia unánime por exterminar lo que tanto les habia hecho padecer; así quemaron los castillos, matan á los nobles, deshonoran á sus mujeres, se revisten con burlas de sus trajes y de sus títulos; asan á uno de ellos y se le hacen comer á su mujer y á sus hijas, y preguntándoles por qué traspasan así las leyes divinas y humanas, responden: « No lo sabemos; pero » hacemos lo que hemos visto hacer á los demás, » y que quieren exterminar de sobre la tierra toda raza y origen de nobles y caballeros (2). Era, pues, esta la lucha extrema de los últimos caballeros, que en vano se convertian en héroes, y sucumbían á los golpes del pueblo; pero otros nobles de todas partes y naciones se reunen al lado de Carlos el Malo, baten á la desordenada plebe, matan á su jefe Carlot, y sofocan la voz del pueblo con la sangre que derrama el verdugo. Despues de haber devastado la parte septentrional, Carlos se dirigió contra los Ingleses.

1358.

La nacion desamparada se reunió al delfin, que introdujo algun orden en el gobierno. Entretanto el rey Juan prometió á Eduardo cuanto este quiso por su libertad; pero las concesiones exorbitantes fueron rechazadas por los Estados Generales, que estaban mas dispuestos en favor de la guerra que de la paz (3). En vista de esto, Eduardo reunió en Calais cien mil hombres de todas naciones (4), devastó el Norte y asaltó á Reims, donde pensaba hacerse coronar, y se acercó á Paris con gran ostentacion de pompa y de fuerza, mientras que el delfin se obstinaba en no hacer

1359-  
1360.

(1) *Jacques Bonhomme* es la personificacion del vulgo frances, así como *John-Bull* del inglés.

(2) FROISSART, III, 297.

(3) *Que mieux valoit que le roi Jehan demeurât encore en Angleterre*. El mismo.

(4) « Vous devez savoir que les seigneurs d'Angleterre, et les riches hommes menoient sur leurs chars tentes, pavillons, moulins, fours pour cuire, et forges pour forger fers de chevaux, et toutes autres choses nécessaires, et pour tout ce etoffer, ils menoient bien huit mille chars tout attelés, chacun de quatre roueins bons et forts qu'ils avoient mis hors d'Angleterre. Et avoient encore sur ces chars plusieurs nacelles et batelets faits et ordonnés si subitement de cuir bouillo, que c'étoit merveilles à regarder; et si pouvoient bien trois hommes dedans pour aider à nager parmi un étang ou un vivier, tan grand qu'il fût, et pescher à leur volonté. De quoi ils eurent grand'aise tout le temps et tout le carême, voire les seigneurs et les gens d'état; mais les communes se passaient de ce qu'ils trouvoient. Et avec ce le roi avoit bien pour lui trente fauconniers à cheval chargés d'oiseaux, et bien soixante couples de forts chiens, et autant de levriers, dont il alloit chacun jour ou en chasse ou en rivière, ainsi qu'il lui plaisoit; et si y avoit plusieurs des seigneurs de riches hommes qui avoient leurs chiens et leurs oiseaux aussi bien comme le roi. Et étoit toujours leurs ost parti en trois parties, et chevauchoit chacun ost pour soi. » El mismo, I, 2.

nada; pero al fin los legados del papa arreglaron la paz de Bretigny, por la cual cedían los Franceses la soberanía de la Guiana y de otros muchos países, pagando tres millones de escudos de oro (166 millones de francos) por el rescate del rey; Carlos el Malo fué perdonado, y se le recibió juramento de lealtad.

Juan habia aprendido á ser prudente en la desgracia. Para reunir su rescate, permitió á los Judíos volver á Francia por espacio de veinte años; consiguió del papa un diezmo sobre el clero, de las ciudades donativas, y de Juan Galeazo Visconti sesenta mil florines de oro en cambio de la mano de una de sus hijas (1), y se inventaron otros impuestos, ademas de la acostumbrada adulteracion de la moneda. Pero no cesaron las devastaciones con la guerra, pues las tropas licenciadas se reunian en cuadrillas, y con el nombre de rezagadas desolaban provincias enteras, imponian enormes contribuciones y derrotaban los ejércitos del rey, hasta que el papa, asustado, ofreció en Aviñon sesenta mil florines al marques de Monferrato, que los tomó á su servicio; otros se retiraron á la Guiana.

¿Cómo era posible, pues, llevar á cabo el acuerdo de Bretigny? Sin embargo, Juan decia: « Aunque estuviesen desterradas de la tierra la » justicia y la buena fe, deberian hallarse en » la boca y en el corazón de los reyes. » Habbiéndose escapado su hijo el duque de Anjou, que estaba en rehenes, y no pudiendo hacerle volver, Juan volvió á Inglaterra, donde murió en Londres en medio de los juegos y las fiestas que le hacían preferir la cautividad al tumultuoso gobierno de Francia. Fué Juan un príncipe caballeresco y nada mas, bueno para tiempos en que se hubiera calculado y especulado ménos; en los suyos, causó mucho daño á la Francia. Mientras sus predecesores habian trabajado con ardor para aumentar el territorio frances, él dió la Borgoña á su cuarto hijo Felipe el Atrevido, que agregó á ella con su matrimonio la Flándes, Nevers, Retel, Malines, Ambéres, creando así una poderosa oposicion que arrastró á la Francia en aquella guerra con el imperio que no cesó nunca.

1368.

1364.  
8 de  
abril.

Su muerte dejó obrar mas libremente á Carlos V, el cual, en edad vigorosa y aleccionado por los sucesos, supo contener el impeto frances, y á pesar de estar enfermizo y de verse obligado á vestir siempre de pieles, hizo decir á Eduardo III: « Ningun rey se armó con mé- » nos recursos, y sin embargo ninguno me dió » que hacer tanto como él. » No consistia esto en su mérito, sino en la fortuna y buena eleccion de su padre, que puso á su lado al famoso Breton Bertran Duguesclin. Tosco de cuerpo y rodeado de hermanos, llegó Bertran á ser tan duro y áspero como el que es tratado con injusticia, y no pudiendo esperar el amor de las damas, se propuso distinguirse por su valor. Habien-

Carlos  
V.Dugues-  
clin.  
n. 1314.

(1) El único testimonio es Mateo Villani.

dole prohibido su padre asistir á un torneo en Rennes, cogió un mal caballo, y armado como pudo se presentó de incógnito; viendo aquellas proezas suspira y se entusiasma, hasta que viendo salir de la liza y retirarse á un caballero, le sigue y le suplica que le preste sus armas y su corcel, y consiguiéndolo, vence á doce caballeros; pero habiéndosele roto la visera, es reconocido por su padre, que corona con alabanzas su triunfo (1).

Este fué el principio de una vida llena de aventuras. Como los demas héroes, volvió primero sus miradas al Oriente, pero despues peleó en su patria, y el grito de *Notre-Dame Guesclin* llegó á ser el terror de los invasores de Francia. Una vez penetró en un castillo vestido de viador, y preparó la entrada en él á sus compañeros de armas: otra, con tres de ellos fingiéndose guardabosque, subió al puente del castillo de Fougerei, y echando las faginas para que no pudiese ser levantado, sacaron las armas y pelearon hasta que llegó el ejército, que se apoderó de la fortaleza, y se sentaron riendo á la mesa preparada para otros.

Los ejércitos se componian entónces de hombres de armas pertenecientes á las posesiones de la corona ó que los grandes vasallos estaban obligados á dar al rey, y de hombres libres que tomaban por oficio la guerra, vendiendo su brazo al que le pagaba por tiempo y condiciones determinadas, sometiéndose inmediatamente ó al rey ó á un capitán que por una suma estipulada tomaba sobre sí la empresa, como si dijéramos el arrendamiento. Como la obligacion del servicio feudal era comunmente de pocos dias, cuando los reyes querian llevar á cabo una empresa larga y ser obedecidos, tenian que recurrir á los mercenarios en cuanto se lo permitian sus mezquinas rentas. Cuando se concluía la guerra, aquella gente no podia entrar en ninguna clase de la sociedad, con la cual, por este motivo, se hallaban en guerra abierta molestando los caminos, las aldeas y hasta las ciudades, acudidos por jefes aventureros, que algunas veces pertenecian á familias distinguidas.

Duguesclin se hizo tambien jefe de aventureros, cautivándose la adoracion de sus soldados, á quienes dejaba robar y cometer toda clase de excesos: sus mismos enemigos le admiraban; Eduardo quiso verle, y Duguesclin se presentó á él diciéndole que estaba dispuesto á obedecerle en todo, con tal que no fuese en contra de su señor. « ¿Y quién es vuestro señor? — Monseñor Carlos de Blois, al cual pertenece de derecho el ducado de Bretaña. — Señor Bertran, ántes que sea como vos decís, se perderán cien mil vidas. — Tanto mejor; los que queden tendrán los vestidos de los otros. » Se rió, y fué honrado el héroe: despues al

(1) DE FREMENVILLE, *Hist. de Bertrand Duguesclin*. París, 1881 en 8.º Charrière, en las *Collections des documents inédits sur l'histoire de France*, publicó una crónica de Duguesclin, por GUVÉLIER, trovador del siglo XIV, 21. en 4.º

marcharse se le presentó Guillermo Bembré, el que mejor manejaba las armas en el ejército inglés, y le dijo: « En la toma de Fougerei matásteis á un pariente mio; quiero vengarle, y romper con vos tres lanzas. » — Aunque sean seis, respondió Duguesclin y tomó las armas. Ántes de venir á las manos, mojó tres pedazos de pan en vino, y los comió en honor de la Santísima Trinidad; despues de un solo golpe tiende muerto al inglés, hace una cortesía al duque y se retira.

Duguesclin señaló el principio del reinado de Carlos V derrotando en Cocherel á los Ingleses que protegían al rey de Navarra, en premio de lo cual fué creado mariscal de Normandía. Pero en Auray, donde combatieron Carlos de Blois y Juan de Montfort por la Bretaña, fué muerto el primero; Duguesclin cayó prisionero, y toda la Bretaña se declaró por Montfort, que la tuvo como feudo de Francia. Duguesclin fué rescatado por cien mil libras, es decir, mas de un millon.

Carlos V se habia propuesto arrojar á los Ingleses de Francia, y para este objeto se compraba amigos, preparaba armas y dinero, y enviaba proclamas y predicadores, y por último rompió la guerra tomando el Ponthien y el Limosin, teniendo la fortuna de ver morir á Juan Chándos, que era el mejor general enemigo. La nacion, animada, le ofreció subsidios sin murmurar; pero aun mayor fué el bien que hizo Duguesclin reuniendo las tropas dispersas y llevándolas á pelear en Castilla (1), con lo cual daba mejor direccion á aquella inquieta actividad, reunia las fuerzas en vez de destruirlas, de modo que trasformó á los aventureros en soldados, que dieron influencia al rey en la política exterior y un amigo en el rey de Castilla. Duguesclin, llamado á su patria, fué recibido como en triunfo, y fué honrado con la espada de condestable y el mando de todo el ejército, aunque él tratase de no admitirlo.

(1) Véase mas arriba, pág. 341. En la crónica publicada por Charrière se halla el curioso discurso que Duguesclin dirigió á los aventureros para inducirlos á que le seguieran á España:

En Avignon irons, où je sais bien aller,  
Et absolution vous irai impétrer  
De trestous vous péchés de tuer et embler,  
Et puis irons ensemble nos vovages achever.  
Nous porrions bien de vrai en nous considérer  
Que fait avons assez pour nos âmes dampner.  
Pour moi je le dis, seigneurs, je le sais bien au cler,  
Je ne fis onques bien dont il me doit peser:  
Et si j'ai fait des maux, bien vous poez compter  
D'estre mes compagnons, encore de passer  
D'avoir fait pis que moi bien vous poez vanter...  
Faisons à Dieu honneur, et le diable laissons.  
A la vie, visons comment usé l'avons:  
Efforcées les dames et arses les maisons,  
Hommes, enfans occis, et tous mis à rançons  
Comment mangie avons vaches, vnefs et moutons,  
Comment pillé avons oies, pouceins, chapons,  
Et ben les bons vins, fait les oecisions,  
Eglises violées et les religions,  
Nous avons fait trop pis que ne font les larrons.  
Pour Dieu avisons-nous, sur les païens alons;  
Je nous ferai tous riches, si mon conseil créons  
Et arons paradis aussi quand nous morrons.

1369. Entónces quedó ya enteramente decidida la victoria por las flores de lis. El príncipe de Gales, que carecia de salud, al saber la pérdida de Limoges, acusando de traicion al obispo, la volvió á tomar por viva fuerza, é hizo matar y arrojar al fuego á todos los habitantes, terminando con esta crueldad una expedicion que habia sido sostenida en medio de actos generosos. Volvió despues á Inglaterra á curarse, y murió en 1376, y el siguiente su padre.

Los Franceses, ademas de derrotar á los Ingleses en el continente, devastaron sus costas con la escuadra castellana, especialmente durante la minoría de Ricardo II. Duguesclin no habia aceptado la espada de condestable sino con la condicion de que el rey no creeria nada de lo que de él le dijese, sin escucharle ántes. Efectivamente la envidia, compañera perpétua de las grandes acciones, principió á señalarle, tanto que el rey llegó á alimentar alguna sospecha sobre su fidelidad, y Duguesclin hizo en seguida dimision, y partió para España buscando aquella justa estimacion que el hombre encuentra fuera de su patria. Púsose malo en el camino, y conociendo que se moria, tomó la espada de condestable, y mirándola en silencio y con lágrimas dijo. « Me ayudó á vencer á los enemigos de mi rey, pero me creó otros muy irreconciliables á su lado. » Despues, volviéndose al mariscal Samerée, dijo: « Á ti te la entrego, protestando que nunca falté al honor que recibí al entregármela. » Y descubriéndose la cabeza la besó respetuosamente; y por último se dirigió á los guerreros que estaban presentes recordándoles que « aunque hiciesen la guerra, no olvidasen que las mujeres, los niños y los pobres no son enemigos; » y murió á la edad de sesenta y seis años. Carlos mandó colocarle en San Dionosio entre los reyes, adonde le siguió poco despues, envenenado, segun se cree, por Carlos el Malo. Ántes de morir, dió muy buenos consejos á su hijo, hizo que le llevarán la corona de espinas y la adoró; y despues pidió la diadema real, y poniéndola á los piés de la cama, dijo: « ¡ Oh preciosa corona de Francia, ahora tan impotente y envilecida! preciosa por el misterio de justicia que en tí se encierra, pero mas vil que la misma vileza por las angustias, tormentos, trabajos, dolores de corazon, de cuerpo y de alma y peligrós de conciencia que causas al que te posee. ¡ Oh, si pudiesen preverse, te dejarían caer en el fango ántes que desear llevarte! »

1374. En los desórdenes anteriores se habian arruinado los edificios, habian cesado las manufacturas, se habian descuidado los campos, y se habia aumentado la miseria; era, pues, preciso restaurarlo todo, reprobando la nacion y restablecer el orden general (1). Los ciudadanos se

(1) Petrarca volvió á ver á Paris en 1360, y dice de él en las *Famil.* lib. XXII, ep. 14, y en *Senil.* lib. XI, cap. 1: « Al ver aquel reino devastado por el hierro y el fuego, no podía yo creer que fuese el mismo que encontré tan rico y floreciente. No se vela en todas partes mas que soledad, miseria, desola-

unieron al rey para rechazar las hordas de salteadores; así volvieron á estar seguros los grandes caminos; se facilitaron las comunicaciones, y mientras que Eduardo III con sus conquistas habia arruinado á sus súbditos, Carlos V con sus buenas intenciones restauró su nacion; se propuso un objeto y le siguió con constancia, eligiendo con acierto sus ministros, consejeros y capitanes. Detenia á la gente en las calles de Paris para hablarles y oírles, y decia: « Prefiero pensar bien de un malvado á pensar mal de un hombre de bien. » Diciéndole que uno á quien habia hecho beneficios hablaba mal de él, contestó: « No es posible, ¿ cómo uno á quien hemos hecho tanto bien ha de hablar mal de nos? » Á pesar de tantas guerras, pudo dejar diez y siete millones (200,000 fr.) sin falsificar la moneda; y para evitar las regencias, dispuso que los reyes de Francia fuesen mayores de edad á los catorce años.

Dejó un niño, Carlos VI, y queriendo que fuesen cosas distintas la regencia y la tutela, dió la primera al duque de Anjou: los duques de Borgoña y de Borbon (despues de la muerte de la reina) se disputaron la tutela con tal encarnizamiento que hubiera estallado la guerra civil, si á ruego y peticion de los órdenes, no hubiesen sometido sus disputas á cuatro árbitros, los cuales decidieron que el rey fuese declarado mayor de edad y coronado, y que gobernase en su nombre el duque de Anjou.

Destruído, pues, el feudalismo, eran una nueva calamidad los príncipes de la sangre, ó como los llamaban los señores de la flor de lis, que aunque eran tenidos en sujecion por los reyes enérgicos, abusaban cuando estos eran débiles ó en las regencias. El duque de Anjou queriendo tener dinero para conquistar el reino de Nápoles, se apropió el tesoro real, esquilmo las provincias, sacrificó á los Judios, dejó sin paga á los soldados é impuso á Paris una contribucion sobre todos los comestibles. El exactor fué á cobrarla á casa de un pobre herbolario que revendia berros, y fué despedazado por el pueblo, que no teniendo armas, asaltó el arsenal, y apoderándose de los martillos de plomo

cion espantosa y universal. Tierras incultas, campos devastados, casas arruinadas, ó mas bien ni una casa, á excepcion de las que estaban guardadas por las rocas ó dentro del recinto de la ciudad. En todas partes se veían las huellas de los Ingleses, y las cicatrices aun frescas de las heridas que habian abierto. La rabia de los hombres y el furor de una guerra larguísima habian trasformado los pueblos, de modo que no pude contener mis lágrimas. Pues no soy yo de aquellos á quienes la predileccion que tienen por su patria, les hace odiar ó mirar con desprecio los demas países. En las cercanías de la desgraciada ciudad, no vi mas que ruinas, destrozo y vestigios de incendios. ¿ Dónde está aquel Paris que, aunque inferior á las exageraciones de los Franceses, era una gran metrópoli? ¿ Dónde la multitud de estudiantes? ¿ Dónde el fervor por el estudio? ¿ Dónde las riquezas y el lujo de sus habitantes? Ha cesado completamente el tránsito de forasteros; apenas hay seguridad en las ciudades cerradas; pero lo que es mas vergonzoso y digno de compasion, es que el mismo rey Juan y su hijo Carlos no pudieron llegar salvos á Paris sino haciendo pactos con los ladrones que los atacaron en el camino. ¡ Oh desgraciado reino! Creerán los que vengan despues tan gran ludibrio de la fortuna?

Carlos VI.